

Todos los duelos el duelo

Ernesto Jaureche

El horroroso crimen de las inundaciones de la Ciudad de La Plata (porque, es sabido, todo lo que puede evitarse no es accidente) remite a culpables cercanos y remotos. Si marchamos hacia los orígenes del poder que victimiza a los vecinos de La Plata, caerán inexorablemente los empresarios constructores, pero luego sus legitimadores: ¿quién detenta el poder político real en la ciudad? ¿cuáles son los negocios de esos patrones? ¿qué medios de comunicación manejan? ¿quién domina el mercado inmobiliario? ¿quiénes elaboran un código de edificación a merced del mercado? ¿porqué no existen límites ecológico-ambientales a la especulación sobre el suelo urbano? ¿cuáles son los negocios lícitos e ilícitos que financian la política local?

Como justificativo de una demanda humana ante los poderosos, pensamos y sufrimos junto a nuestros paisanos, acosados por el desastre natural. Es apenas un desesperado (desesperado) intento de conmover conciencias lapidadas por el interés pecuniario.

Nadie podrá sospechar en mí antecedentes de indulgencia con los "reducidores de cabezas"; los psicólogos jamás fueron santos de mi devoción. No obstante, ante la despiadada circunstancia de las víctimas de la inundación, debo rendirme ante la evidencia de que ese tan enaltecido señor Freud sabía lo que decía. Y no hablamos de resignación sino de guerra.

Escribió en 1915 una nota titulada "Lo perecedero". Me la acercaron corazones sensibles. Yo mismo, víctima de la inundación, sentí una emoción desconocida al leerla y quiero, con la transcripción de algún párrafo, despertar y animar el espíritu de los conciudadanos a los que lo construido o algo inmaterial nos llevó la inundación:

"Esos bienes, ahora perdidos, ¿acaso quedaron desvalorizados ante nuestros ojos sólo porque demostraron ser tan perecederos y frágiles? Muchos de nosotros lo creemos así; pero injustamente... Sabemos que el duelo, por más doloroso que sea, se consume. Una vez que haya renunciado a todo lo perdido, se habrá agotado por sí mismo, y nuestra libido quedará nuevamente en libertad de sustituir los objetos perdidos por otros nuevos, posiblemente tanto o más valiosos que aquellos, siempre que seamos aún lo suficientemente jóvenes y conservemos nuestra vitalidad... Volveremos a construir todo lo que la guerra ha destruido, quizás en terreno más firme y con mayor perennidad".

